



LA SINIESTRA CORNEJA...

Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja repitiendo
La desventura mía.
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

GARCILASO.

EL señor le ha llamado á usted morral!... Dicen en *Los sobrinos del capitán Grant*.
—¡El Sr. Castelar le ha llamado á usted corneja! le digo yo al Sr. Balaguer.

El Sr. Castelar ha estado como siempre, sublime en su discurso, pero no ha estado fino. ¡Mire usted que ir á mentar las aves en casa de Balaguer! Delante de Balaguer no debe hablarse de cosa que tenga plumas. Cuando en el teatro oye D Victor aquello de

apenas es flor de pluma...

se pone colorado como una barretina colorada. No

sólo le llamó corneja el Sr. Castelar, sino que para mayor *invi* le dió á escoger entre corneja y cigüeña. ¡Y por último, le llamó calandria en buenas palabras! Yo que creo conocer la especie de admiración que siente Castelar ante el *Noy de las Academias*, me atrevo á decir que todo eso de compararle con tantos animales de pluma fué una sátira, un epigrama finísimo.

«Selgas es el poeta de la primavera... y Balaguer...»

Sí, Balaguer es un *poeta de invierno*, como Barrantes, el de *Los días sin sol* (a) de cesantía.

* * *

¿Merecía Balaguer entrar en la Academia? No, padre.

¿Han entrado antes otros que lo merecían menos? Sí, padre.

Catalinas y Barrantes tiene la Academia que os podrán responder.

¿Creéis que en vez de Balaguer debieron haber entrado Martos, ó Galdós, ó Balart, ó Camús, ó Bardón, ó Pereda, ó Emilia Pardo Bazán (qué más quisieran los vejetes), en fin, alguien que represente la literatura viva, fuerte y nacional? Sí, creo.

¿Por qué lo creéis?— Porque la única razón que se da para justificar la entrada de Balaguer, esa salida de tono, es que representa en la Academia la literatura catalana.

¡Pues vaya una salida! ¿Qué significa la literatura catalana y su idioma— como ellos dicen— en la literatura castellana? Según eso, podría entrar el folletinista de *La Correspondencia* representando los galicismos y á Francia entera.

Y si yo publicara mis artículos con caricaturas, aquí pondría una que figuraría un gallego con la cuba al hombro, echada atrás la montera, y rasándose la cabeza, puesto el pie en la escalera de la Academia.

—El portero:—¿A dónde va usted, buen hombre?

—El aguador (en gallego de teatro):—¡Pus me gusta; vengu á representar en el Diciunariu la lengua de miña terra!...

* * *

Viniendo á lo primero, decid: ¿qué dijo Balaguer?

Pues... lo que dice Fernanflor con mucha gracia, se apresuró á demostrar que venía á convertir el español en catalán, lo cual es tan punible como sería querer convertir el catalán en español. Yo

respeto las literaturas regionales, y aunque no opino, como Menéndez Pelayo, que la catalana tenga, en los siglos modernos, el valor que tiene la literatura portuguesa, concedo que es gloriosa la historia de las letras que, sin ir más lejos, tienen un Verdaguier, un Pitarra, un Oller, etc.

Pero esto no tiene nada que ver. Para entrar en la Academia de la Lengua Española, ó castellana, como dicen otros (aunque no porque se empezara hablar en Castilla) para venir á conservar el idioma nacional, no conviene comenzar echándole á perder.

D. Víctor nunca ha sabido castellano. Porque no crean ustedes que no tiene más gazapos que aquellos de pluma. ¡Tiene él plumas de esa clase para hacer dos colchones bien mullidos!

En una novela que publicó *La Mañana* escribía: «Matilde (Clotilde ó Adela) no dijo nada, al contrario, exclamó...» etc., etc.

Pero ¿á qué ir tan lejos? Cojamos su discurso, ¿á que hay algo malo en el primer renglón? Vean ustedes:

«Señores académicos: (eso está bien) á vuestra bondad, que no ciertamente á mis merecimientos (vaya por emes, si tiene una espiga de trigo en la boca se la traga), por demás escasos». Alto ahí ¿que quiere decir por demás escasos? ¿que convendría, que fuesen algo escasos pero no tanto? Fijese, fije-

se y dé esplendor y limpie. «Y á otro móvil, etc. etc., es solamente á lo que debo...» pues si es á la bondad y á otro móvil además, ya no es solamente señor Balaguer. ¡Vaya una manera de tener por el lenguaje castellano!

Pero lo bueno es que V. dice que los académicos le habían elegido para «que tuvieran *legítima* representación las literaturas regionales». Y eso es poca modestia Sr. Balaguer.

«Por lo que á mi gratitud *atañe*... Por lo que toca á mi antecesor...» Parece V. la casa de Tócame Roque.

«¿Qué puedo deciros de él que antes vosotros no hayáis sentido, y que consignado no hayan (bonito hipérbaton y bonito percal) antes con crítico elogio...» Alto ahí, otra vez. ¿Qué quiere decir crítico elogio? «Con panegírico recuerdo» ¡Vuelta á parar! ¿Qué quiere decir recuerdo panegírico?

«Fué escritor correcto, prosista superior (como el vino de la Nava), el que en poesía contendió con los primeros», esto es un recuerdo panegírico de los juegos florales, que por aquí no se usan. No parece sino que la poesía es una riña de gallos. «Era de aquella singular progenie de literatos á quienes el voto público otorga derecho de ser alzado sobre el pavés».

Por Dios, D. Víctor bájese V. y no sea ramplón. Ese es el pecado capital de Balaguer; la cursile-

ría. Cada vez que leo algo suyo, ó le oigo leer, me figuro á Jove y Hevia, cuando representaba charadas románticas en las tertulias de Oviedo, allá por los años de cuarenta y tantos; cuando no era todavía caballero de ninguna orden cochinchina.

Balaguer es todavía el trovador que vaga errante, colocando géneros catalanes.

Es el *commis* trovador.

Es un poeta para recitar al piano.

«Aquellos yerran que al escribir la historia» ¡castizo hipérbaton!

Después habló Balaguer de cinco literaturas regionales, á las que quiere dar gran importancia. Entre ellas cita la literatura asturiana.

Amigo Balaguer, cepos quedos. De eso, sé yo más que V., y en Dios, en mi ánima, como dicen los clásicos al minuto, que en Asturias no hay tal literatura regional, ni se acuerda de ella nadie; hay algunos romances en bable muy hermosos, pero obra de pura erudición; los cantares del pueblo ni son todos indígenas, ni representan una literatura con caracteres especiales. Lo que ha habido en Asturias, y sigue habiendo, á Dios gracias, muy buenos literatos españoles.

Fuera de esto, yo no niego que el Sr. Balaguer, sepa muchas cosas, más ó menos fundadas, de la literatura de su tierra. Algo había de saber.

El discurso del Sr. Balaguer demuestra abun-

dante lectura de los documentos literarios que ensalza, pero su sistema de crítica, sus *críticos elogios* que él diría, son de la más endiablada escuela. Eso no es crítica, eso es proteccionismo.

Todo lo que ve análogo en Castilla y Cataluña, lo atribuye bonitamente á su país, y llega á pensar y decir que hasta las tristezas de Padrón, y los arrebatos amorosos (á lo menos en verso) de Macías... están traídos del catalán, ¡señor Balaguer! *tropa de celos*, como tradujo un folletinista.

Dice Balaguer: «El carácter *subjetivo* de la poesía provenzal, lo tiene *marcado* en sus comienzos la poesía castellana».

Prescindiendo de que eso del *carácter subjetivo* quiera decir algo ó no, si por ello se da á entender el carácter de intimidad, la expresión de los propios afectos, ese carácter es de toda poesía lírica, y los castellanos lo tendrían por naturaleza.

Eso de proceder por comparaciones de rondallas y coplitas, separados á veces por varios siglos, es poco serio. ¡Hasta *El desdén con el desdén* lo hace lemosín el Sr. Balaguer!

Es claro que influyó en nuestra literatura la provenzal, y nadie lo niega, pero por otras razones mucho más serias y que tienen pruebas mejores.

El Sr. Balaguer olvida en su discurso, por ejemplo, toda una gran corriente de influencias: la que vino con el estudio que aragoneses y catalanes hi-

cieron de las letras clásicas. Debe mucho nuestra literatura, propiamente nacional, al Renacimiento, y el Renacimiento español debe mucho á lo que trabajaron catalanes, valencianos, mallorquines y aragoneses en el estudio de los clásicos y su asimilación á nuestra cultura.

Pero en fin, el discurso de Balaguer, bueno es, qué diablo.

Bueno para leído en Villanueva y Geltrú, al inaugurar la Biblioteca museo de D. Víctor Balaguer.

Porque eso es lo que debiera ser D. Víctor... Académico... correspondiente.

Eso es lo que le corresponde.



GUILLERMO D'ACEVEDO

HAGAMOS esta confesión triste: en España apenas se conoce la literatura portuguesa; no de otro modo que en Portugal se conoce poco la literatura de España. Ellos y nosotros sabemos de memoria muchos versos de Víctor Hugo, de Musset, de Gautier, de Coppé...—leemos en los folletines, devorados por la impaciencia, las novelas que van publicando Zola, Daudet... hablamos casi en francés, portugueses y españoles; y unos y otros ignoramos, en tanto, lo que vale la poesía y lo que vale el idioma del reino vecino.

Hace unos pocos años yo no sabía quién era Guillermo d'Acebedo, y el autor de las *Cartas de un Birman*, de los *Cris Cris*, y de los *Zigs-Zags*, era ya famoso en su tierra.

Hoy mismo, muchos de mis lectores, acaso los